

Multitud y resistencia. Repensar con Foucault y Negri la crítica al neoliberalismo*

Multitude and resistance. Rethinking with Foucault and Negri the criticism to neoliberalism

Emmanuel CHAMORRO SÁNCHEZ

Universidad Complutense de Madrid

emmchamo@ucm.es

BIBLID [ISSN 2174-6753, Vol.13: v1301]

Artículo ubicado en: www.encrucijadas.org

Fecha de recepción: julio de 2016 || Fecha de aceptación: mayo de 2017

RESUMEN: La publicación de Imperio hace ya más de una década ha supuesto un acontecimiento filosófico y político central en nuestra época. En esta obra Antonio Negri y Michael Hardt tratan de reconstruir el proyecto marxiano para dar cuenta de las contradicciones del capitalismo contemporáneo. En buena medida apoyándose en los análisis de Paolo Virno, levantan un edificio crítico en el que los procesos de subjetivación ocupan un lugar decisivo. Así emerge la categoría de multitud como la traducción posmoderna del proletariado fabril. Pese a su fuerza descriptiva, la teorización de la multitud queda lastrada por la idea de una subsunción real del trabajo en el capital que distorsiona el análisis crítico del presente. En este punto la filosofía de Michel Foucault nos permite realizar una doble articulación con la propuesta de aquellos autores: por un lado apuntala y da mayor calado al análisis del neoliberalismo y, por otro, ofrece una profundidad histórica y una densidad conceptual que impide toda idealización y deshistorización de la multitud. En las siguientes páginas trataremos de imbricar la propuesta de la multitud con la ontología crítica foucaultiana, tomando como punto de partida una perspectiva estratégica que piense la multitud como proyecto y no como profecía.

Palabras clave: multitud, neoliberalismo, subjetividad, clases sociales.

* Una primera versión de este artículo fue presentada en el *III Congreso Internacional de estética y política*, organizado por la Universidad Politécnica de Valencia en noviembre de 2015.

Esta investigación ha sido respaldada por el Programa de Financiación Universidad Complutense de Madrid – Santander Universidades y el Proyecto de Investigación Biblioteca Saavedra Fajardo de Pensamiento Político Hispánico (IV) FFI2012-32611.

ABSTRACT: The publication of *Empire*, for over a decade, has been a central political and philosophical event in our age. In this work, Michael Hardt and Antonio Negri make an attempt to rebuild the Marxian project, in order to list the contradictions of contemporary capitalism. Largely relying on the analyses made by Paolo Virno, they construct a critical building where subjectivity processes play a crucial role. Thus, the category of multitude appears as postmodern translation of the factory proletariat. Despite this descriptive strength, theorizing of the multitude is burdened by the idea of a real subsumption of labor in capital which distorts the critical analysis of the present. At this point the Michel Foucault's philosophical framework allows us to produce a double articulation with the proposal of authors: on the one hand it supports the analysis of neoliberalism, and on the other hand, it provides a historical depth and conceptual density that prevents all idealization and divorce from history of multitude.

Keywords: multitude, neoliberalism, subjectivity, social classes.

DESTACADOS (HIGHLIGHTS):

- La «multitud» debe dar cuenta de la geometría e intensidad variable de la explotación.
- Foucault se equivoca cuando condena todo lo que la tradición socialista ha producido.
- El neoliberalismo instituye una «política social individual» basada en la desigualdad.
- El proyecto político y económico neoliberal reorganiza las relaciones de clase.
- La multitud debe articularse políticamente para combatir la destrucción de lo social.

“Querría producir efectos de verdad que sean tales que puedan utilizarse para una batalla posible, conducida por quienes lo deseen, en formas por inventar y organizaciones por definir”. Michel Foucault, «*Precisiones sobre el poder*».

1. Introducción

Desde hace ya más de una década la obra de Antonio Negri y Michael Hardt marca en buena medida el pulso de las reflexiones políticas dentro y fuera de la academia. Siendo más o menos indulgentes con las contradicciones de su discurso, debemos aceptar que han realizado una apuesta atrevida al plantear una teorización total de las relaciones sociales, políticas y económicas en un contexto marcado por el *pensamiento débil* y la *posmodernidad* —entendida habitualmente como dispersión y ausencia de fundamento—.

La presente investigación propone un acercamiento al concepto de *multitud* —alrededor de la formulación de Michael Hardt, Antonio Negri y, en menor medida, Paolo Virno—, que trataremos de relacionar con la propuesta crítica de Michel Foucault con el objetivo de problematizar el antagonismo de clases en nuestros días.

Pese a que no se trata de dos campos filosóficos ajenos, sino que están profundamente relacionados, entre ellos hay diferencias importantes. Una de las causas de esta distancia se puede rastrear en la desigual relación con Marx y el marxismo, del que los primeros se declaran continuadores y el segundo se convirtió en un crítico feroz (Chamorro, 2017). La modulación de ambas propuestas en relación con Marx y el marxismo nos ofrece así un punto de apoyo importante para su comunicación.

Por otro lado es necesario reseñar las imbricaciones de ambas perspectivas, especialmente la enorme influencia del pensamiento foucaultiano en la filosofía italiana contemporánea. Así el impacto de sus análisis sobre el poder ha sido central para Antonio Negri y Michael Hardt, pero también para autores como Christian Marazzi o Maurizio Lazzarato —que ha realizado en los últimos años una de las relecturas más interesantes del ciclo de análisis foucaultiano del liberalismo y neoliberalismo—¹. Estos pensadores han tratado de modular conceptos fundamentales heredados del filósofo francés —como *biopolítica*, *disciplina*, *subjetividad* o *sociedad de control*²— con una reinterpretación de la teoría del valor marxiana y un análisis de los modos de producción surgidos en las últimas décadas del siglo XX. En buena medida el encuentro entre ambas perspectivas pivota sobre del concepto de *biopolítica* y su redefinición alrededor

¹ Véanse Lazzarato (2013b, 2015).

² Fórmula de inspiración foucaultiana desarrollada por Gilles Deleuze en su ya famoso «post-scriptum sobre las sociedades de control» (Deleuze, [1995] 2006).

de la cuestión del trabajo y las nuevas formas de producción en la era postfordista (Lazzarato, 2006a).

Nuestro objetivo en estas páginas, por tanto, consistirá en contrastar la noción de multitud —que pretende describir las formas de subjetividad en el capitalismo contemporáneo— y los análisis foucaultianos del neoliberalismo, con todos los problemas y también las posibles soluciones que desde ambos espacios se dibujan. Se trata, en el fondo, de volver a enfrentar a Marx con sus críticos para arrojar algo de luz sobre la imbricación de las relaciones de poder y explotación en nuestro mundo. En este sentido además de buscar en Foucault lo que falta en Marx (Bidet, 2006: 184), creemos interesante buscar en Marx —y en los marxismos— aquello que falta en Foucault, que en nuestra opinión remite a la cuestión de las clases sociales y la desposesión.

En este sentido la tesis que trataremos de defender es que si bien los análisis del poder de Michel Foucault permiten una superación de ciertos elementos del marxismo que resultan un lastre para la teoría crítica contemporánea, su voluntad de alejarse de todo lo que recuerde al socialismo —especialmente en la segunda mitad de los años setenta— hace imposible que su filosofía pueda dar cuenta del espesor de las relaciones de poder y sometimiento que produce el neoliberalismo en el ámbito económico. El concepto de multitud aparece en este esquema como un catalizador de la preocupación por la cuestión de la explotación y la desposesión, como fenómenos definitorios del mundo contemporáneo y centrales en la gobernanza neoliberal, que caen fuera del análisis propuesto por el filósofo francés.

Así, si bien la idea de multitud se encuentra con algunos problemas graves que trataremos de presentar, entendemos que puede recobrar cierta actualidad y utilidad a la luz de los límites del análisis de Michel Foucault —y de buena parte de quienes han seguido su dirección—. Nos situaremos, por tanto, en una línea que trata de pensar las relaciones de poder en su imbricación con la explotación y extracción de valor, con la intención de superar algunas deficiencias a ambos lados de la reflexión. Sin tener, por supuesto, una solución definitiva a la tensión entre libertad y justicia social que ha acompañado los dos últimos siglos de reflexión política, creemos que la reintegración de ciertos elementos del marxismo en la crítica postestructuralista puede dar buenos resultados tanto teóricos como prácticos en esta dirección.

2. Multitudes postfordistas

El marxismo, en tanto matriz común a todos los socialismos, se conformó como la gran máquina teórica con la que el movimiento obrero trató de comprender y transformar la realidad durante más de un siglo. Hoy, a la luz de esa semblanza de victorias y

derrotas, muchos han planteado la necesidad de hacer balance y tratar de superar aquellos elementos que se han mostrado impotentes en el análisis político y económico contemporáneo. Y esto es lo que, en nuestra opinión, mejor caracteriza el proyecto que Antonio Negri y Michael Hardt desarrollan en su conocida trilogía³ y que ha sido definido como un intento de reescribir el *Manifiesto Comunista* para el siglo XXI (Žižek, 2001).

En esta reconstrucción del proyecto marxiano ocupa un lugar central la reflexión acerca de las nuevas formas de subjetividad que vendrían a reemplazar al proletariado fabril como centro de la estructura productiva. Estos autores definen el nuevo sujeto social, retomando el concepto forjado por Spinoza, como *multitud*. Esta noción pretende dar cuenta de la emergencia de espacios de subjetividad que ya no responden al poder disciplinario fabril del capitalismo fordista. Siguiendo el hilo de las reflexiones de Michael Hardt, Antonio Negri y Paolo Virno, trataremos de reconstruir la definición de multitud atendiendo a sus diferentes dimensiones.

Así encontramos la multitud definida primeramente como una categoría de *clase* (Hardt y Negri, 2004: 131) que pretende hacerse cargo de la nueva ordenación de las relaciones productivas surgida tras el colapso de la fordista-keynesiana (Harvey, 1998: 146). Las profundas transformaciones experimentadas en las últimas cuatro décadas son analizadas como una nueva etapa en el desarrollo del capitalismo caracterizada por la hegemonía del trabajo inmaterial (Lazzarato y Negri, 1991). Partiendo del conocido «Fragmento sobre las máquinas» (Marx 1972: 216-230), estos autores señalarán que el capitalismo contemporáneo se define por la centralidad para el aparato productivo de aquello que Marx denominó *generall intellect*; una «inteligencia social, colectiva, creada por conocimientos, técnicas y saberes acumulados» (Hardt y Negri, 2002: 332) y configurada por «los “lugares comunes” de la mente, por las facultades lingüístico-comunicativas comunes a la especie» (Virno, 2003a: 42).

La introducción del *general intellect* como centro del aparato productivo definiría la «posmodernización» de la economía (Hardt y Negri, 2002: 265). Según este planteamiento no se trata de que el trabajo manual desaparezca sino de que «las cualidades y las características de la producción inmaterial tienden a transformar las demás formas de trabajo y, de hecho, la sociedad en su conjunto» (Hardt y Negri, 2004: 93). Por ello nuestros autores prefieren hablar de una «hegemonía del trabajo inmaterial» (Hardt y Negri, 2004: 131-145) y no del fin de la industrialización.

³ Aunque han colaborado en otras ocasiones, sus tres principales obras en coautoría son *Imperio*, *Multitud* y *Commonwealth*, publicadas en inglés en 2000, 2004 y 2009 respectivamente y traducidas al castellano en 2002, 2004 y 2011.

La multitud, en tanto concepto de clase, está determinada por un lado por el proyecto político que la hace aparecer —la lucha de clases (Hardt y Negri, 2004: 132)— y por otro lado por las condiciones ontológicas que configuran las relaciones de producción. De este modo la potencia política de la multitud estaría mediada por las capacidades que el modo de producción postfordista pone en juego —cooperación, lenguaje y afectos—. Este esquema remite a una ontología en la que las condiciones previas de la multitud determinan su devenir político.

Los procesos de constitución ontológica se desarrollan a través de los movimientos colectivos de cooperación, a través de las nuevas urdimbres tejidas por la producción de subjetividad. Precisamente en este sitio de constitución ontológica, el nuevo proletariado surge como un poder constituyente (Hardt y Negri, 2002: 364).

Esta constitución de la multitud responde también a un doble impulso, por un lado el de la «multitud *sub specie aeternitatis*» y por otro el de la «multitud histórica» (Hardt y Negri, 2004: 259). La multitud en tanto constitución ontológica muestra una tendencia transhistórica hacia la liberación de las fuerza comunicativas y afectivas que sólo se ve actualizada en tanto se configura políticamente.

Así alcanzamos la dimensión política del concepto. En esta caracterización tanto Antonio Negri y Michael Hardt como Paolo Virno inciden en su distancia con otras formas históricas de subjetividad social: el *pueblo*, las *masas* y la *clase obrera*. En una descripción que asume buena parte del discurso contra las masas y los movimientos populares en los siglos XIX y XX (Straehle, 2013: 46-47), estos autores señalan que: frente al pueblo, la multitud no se deja reducir a una unidad que anule su pluralidad; frente a las masas, la multitud sí puede constituir un proyecto común —unidad—; y frente a la clase obrera, la multitud no es un concepto excluyente sino abierto e inclusivo (Hardt y Negri, 2004: 16-17).

Estas consideraciones ontológicas y la vinculación de la multitud con la organización del trabajo en el postfordismo tiene una consecuencia política de calado: hace posible la democracia por primera vez en la historia (Hardt y Negri, 2004: 387). Con ello la vieja profecía marxiana según la cual el capitalismo produce sus propios sepultureros (Marx y Engels, 1998: 73) parece actualizarse al incidir en lo disruptivo de los procesos de informatización, cooperación social y organización reticular asociados al trabajo inmaterial y su potencia política.

Mientras que, como veremos, Paolo Virno se muestra más cauto en cuanto al diagnóstico del presente y sus posibilidades de transformación, en la propuesta de Hardt y Negri esta imbricación del proyecto político con las condiciones ontológicas y la organización de la producción hace emerger una cuarta dimensión importante y controver-

tida en la definición de la multitud: la histórica. Así según este planteamiento «en la expresión de sus propias energías creativas, el trabajo inmaterial parece proveer así el potencial para un tipo de comunismo espontáneo y elemental» (Hardt y Negri, 2002: 273). Este optimismo es tal que, paralelamente a otra metáfora marxiana (Marx, [1980] 2008: 6), nuestros autores señalan que la prehistoria de la humanidad «llega a su fin cuando la cooperación social y subjetiva ya no es un producto sino un supuesto previo, cuando la vida desnuda se eleva a la dignidad de fuerza productiva o, en realidad, cuando se presenta como la riqueza de la virtualidad» (Hardt y Negri, 2002: 334). Desde esta perspectiva el postfordismo configura un «comunismo del capital» (Negri, 2007: 135; Virno, 2003a: 116-118) y representa el momento histórico en el que las fuerzas liberadoras del animal humano son convocadas a producir y, por tanto, se pueden convertir en una fuerza política.

3. Potencias de la *multitud*

La caracterización de la multitud que hemos presentado muestra elementos contradictorios y problemáticos pero también implica avances analíticos nada despreciables. En este sentido el esfuerzo por actualizar las categorías de clase heredadas del marxismo es, en nuestra opinión, uno de sus grandes logros. Frente al modelo liberal —y neoliberal— que analiza la realidad social tomando como punto de partida el sujeto —definido como agente activo de interés capaz de elegir racionalmente—⁴, la noción de *multitud* nos vuelve a enfrentar a la centralidad de las relaciones sociales y económicas de subordinación y a la construcción colectiva de la subjetividad. En nuestra opinión, después de casi cuatro décadas de gobierno neoliberal marcadas por una lógica de «acumulación por desposesión» (Harvey, 2007: 175-181) y por la disolución de los lazos sociales causada por la creciente desigualdad y precariedad (Bourdieu, 1999:140-141), cobra total actualidad la posibilidad de replantear las relaciones sociales en términos de clase.

Además de esta perspectiva de clase, entendemos que es un logro haber reconocido en la fragilidad, dispersión y precariedad de las actuales formas de subjetividad una potencia política relacionada con la capacidad de autogobierno y con la pluralidad social. Esta articulación, que tanto Hardt y Negri como Paolo Virno vinculan a la constitución ontológica de la multitud, remite a otras investigaciones en el campo de la teoría social como las desarrolladas alrededor de la noción de «preariado» (Standing,

⁴ Esta es una de las claves del conocido como «individualismo metodológico» que, frente al «colectivismo» y al «falso individualismo», será definido por Friedrich Hayek como aquel que acepta que «no hay otra forma para llegar a una comprensión de los fenómenos sociales si no es a través de nuestro entendimiento de las acciones individuales dirigidas hacia otras personas y guiadas por un comportamiento esperado» (Hayek, 1986: 6).

2013) o las de Sergio Bologna en el propio ámbito del postoperaismo italiano entre otras. De este modo el concepto de multitud se presenta como una herramienta crítica del capitalismo contemporáneo que no añora el retorno de la disciplina fordista-keynesiana.

Asimismo este concepto pretende hacerse cargo de las transformaciones en la organización del poder. Si al capitalismo fordista le correspondía una tecnología disciplinaria cuyo objetivo era la inserción de los cuerpos y las poblaciones en la producción industrial, la posmodernidad está marcada por una transición de la disciplina al control. Así, continuando la senda marcada por Foucault y Deleuze, Negri y Hardt señalan la coexistencia de mecanismos de control y libertad, ya que la organización de la producción contemporánea requiere de ambos extremos (Hardt y Negri, 2002: 314).

Esta perspectiva introduce una relación interesante entre los dominios económico y político y puede ayudar comprender la articulación entre el aumento de estrategias represivas (Fraser, 2003:26) asociado a la administración de un mercado laboral crecientemente flexible, competitivo y excluyente (Giorgi, 2006) y la permanente reivindicación de libertad —de movimiento, de mercado,...— del neoliberalismo.

En otro sentido, atendiendo a buena parte de las formas y reivindicaciones de los movimientos sociales y populares de las últimas décadas, esta exigencia de libertad parece no quedar restringida al mercado sino configurarse como un elemento central en los proyecto de contrapoder. Al definir la multitud como una pluralidad que sobrevive incluso a su puesta en común, nuestros autores proponen una herramienta teórica que parece capaz de explicar la forma —horizontal, plural, abierta— que han tomado algunos de los movimientos políticos más interesantes de nuestro tiempo. Esta capacidad descriptiva, incluso admitida por sus críticos (Bensaïd, 2005: 59-60), constituye en nuestra opinión otra de las grandes aportaciones de la noción de multitud. En este sentido, los movimientos sociales surgidos al calor de la «antiglobalización» en la primera década del siglo XXI y los que recorrieron prácticamente todo el planeta en la primavera de 2011 reflejan buena parte de las características con que ha sido definida la multitud: radicalidad democrática, pluralidad, transversalidad, horizontalidad, organización en red, reivindicaciones a la vez sociales, económicas, culturales y políticas, etc. La «ciudad de Sol» (Ramírez, 2014: 226-237) levantada en el centro de Madrid, así como la estructura abierta, rizomática (Castells, 2012: 144) y organizada como sistema-red (Sánchez, 2012) que tomó el conjunto del movimiento 15M dan cuenta de esta potencia descriptiva.

4. Límites de la multitud

A pesar de las posibilidades que, como venimos señalando, ofrece el concepto de multitud para pensar las actuales configuraciones del capitalismo, creemos imprescindible señalar también sus límites para tratar de liberarlo de algunos elementos que consideramos pueden distorsionar tal análisis.

En nuestra opinión el grueso de los problemas que ha generado la formulación de la multitud en la obra de Negri y Hardt tiene su origen en (1) la redefinición del término *biopolítica* y su implicación en un esquema de subsunción real del trabajo en el capital.

Como es bien sabido, para Foucault el biopoder es una técnica de gobierno de las poblaciones que aparece en el siglo XVIII basada en el control de los procesos biológicos de la especie humana —nacimiento, muerte, longevidad, salud, reproducción,...— (Foucault, 2012a: 168). Frente a esta definición, Negri y Hardt proponen —en consonancia con toda una línea de análisis arraigada en el pensamiento italiano— resituar el concepto en el marco de los modos de producción contemporáneos. De este modo la categoría de biopolítica⁵ alude al solapamiento de la producción y reproducción de la vida social en el contexto del capitalismo inmaterial (Hardt y Negri, 2004: 124). Así la globalización postfordista habría consumado el paso anunciado por Marx de la subsunción formal a la subsunción real del trabajo en el capital (Marx, 2009: 59-60).

Fruto de esta conexión, (2) el concepto de multitud parece verse confinado en un marco que no permite captar ni la complejidad de las relaciones de poder ni la multiplicidad de dispositivos de subjetivación en el capitalismo contemporáneo.

En nuestra opinión el lugar que se ocupa en la cadena de producción de valor es sin duda relevante para comprender las formas de subjetividad de nuestro tiempo —relacionadas con la precariedad, flexibilidad y movilidad impuestas por la organización del trabajo—, pero no configura ni sobredetermina la totalidad de las relaciones sociales y económicas. Aquí la filosofía de Michel Foucault —especialmente la que desarrolla en la primera mitad de los años setenta una genealogía del poder disciplinario ([1976] 2012c; 2013)— nos presenta una contrahistoria del nacimiento del capitalismo que puede resultar interesante para introducir la multiplicidad de factores que determinan el devenir histórico. Frente a una cierta perspectiva marxista que analiza la historia a través del desarrollo de las fuerzas productivas y frente a la liberal-ilustrada que la reinscribe en términos de progreso, Foucault trata de mostrar cómo el capitalismo

⁵ Para Negri y Hardt la distinción entre «biopoder» y «biopolítica» es, a partir de *Imperio*, fundamental porque marca la separación entre un poder *sobre* la vida y un poder *de* la vida; en Michel Foucault los dos términos se usan indistintamente.

nace en la articulación de diferentes dimensiones —saberes, avances tecnológicos, necesidades demográficas, intereses económicos, técnicas penales, creencias religiosas, códigos jurídicos— que terminan funcionando bajo una tecnología de poder común. Desde esta perspectiva, los esquemas con que el marxismo tradicional habría analizado las transformaciones históricas —determinación, diferencia entre estructura y superestructura, ideología,...— se quiebran. Así «el sistema de poder, bajo su mecanismo disciplinario, no es una consecuencia del modelo capitalista de producción, sino un elemento constitutivo e inmanente que hace posible el funcionamiento de la sociedad industrial» (Castro, 2008: 150-151). Frente a esta perspectiva, el análisis fundamentado en la subsunción real del trabajo en el capital plantea una explicación total y unívoca de fenómenos complejos en los que se imbrican relaciones de poder y de explotación.

La segunda consecuencia de ello es que cuando toda actividad es productiva se hace difícil localizar y distinguir la intensidad de los fenómenos de explotación y sujeción a través del trabajo. Desde este punto de vista la noción de multitud asociada al concepto de biopolítica y a la idea de una subsunción real del trabajo en el capital, aunque puede presentarse como una herramienta interesante en el análisis de la producción social, resulta insuficiente y excesivamente abstracta para dar cuenta de los conflictos y la estratificación de clases surgidos en el neoliberalismo.

Este camino conduce a Hardt y Negri a una pendiente que implica (3) un análisis del poder en términos puramente negativos. Si definimos el trabajo inmaterial como la producción de la vida social misma (Hardt y Negri, 2004: 177), se hace imposible pensar la capacidad productiva del poder y su fuerza para crear subjetividades a través del deseo. De este modo el Imperio no puede ser entendido más que como un parásito, un cuerpo extraño a la multitud que, actuando en su mismo campo de inmanencia, extrae el valor que aquélla produce autónomamente.

El mando imperial no produce nada vital ni ontológico. En la perspectiva ontológica la autoridad imperial es puramente negativa y pasiva. [...] El poder imperial es un residuo negativo, la línea de repliegue de la operación de la multitud; es un parásito que extrae su vitalidad de la capacidad que poseen las multitudes para crear siempre nuevas fuentes de energía y valor. Un parásito que mina las fuerzas de su huésped (Hardt y Negri, 2002: 329).

Así entendemos que la definición del poder que subyace a este análisis puede ser caracterizada como pre-foucaultiana. En nuestra opinión, la lógica de sujeción y extracción del valor en el capitalismo contemporáneo no se reduce al esquema vertical imperio-multitud, sino que introduce en el espesor social toda una serie de mecanismos que configuran espacios horizontales de explotación y autoexplotación, en un marco de precariedad y violencia estructural que lo hace aceptable (Bourdieu, 1999: 141).

Ahora bien, asumir que el poder anima estas relaciones a través del deseo y la libertad y no funciona únicamente parasitándolas constituye en nuestra opinión un hito de la propuesta de Michel Foucault al que no podemos renunciar si queremos entender cómo funciona en su práctica real el neoliberalismo. Si aceptamos que «el verdadero botín de guerra del capitalismo contemporáneo es el sujeto» (Alemán, 2016: 36) debemos admitir que el poder penetra e informa no sólo los cuerpos sino también, como veremos, «el alma».

Si el concepto de multitud pretende ser útil, entendemos que debe construirse políticamente como el antagonista de los modelos de subjetividad que el neoliberalismo moviliza —empresarialidad, competencia, precariedad, egoísmo,...—. Por ello la geometría de explotación fija que parecen describir los postoperaistas —biopolítica productiva de la multitud frente al biopoder parasitario del imperio— se muestra impotente ante la multiplicidad y concreción de formas de explotación que responden a geometrías altamente variables. Esta variabilidad se debe justamente a que la explotación en nuestros días se ve movilizada por procesos de subjetivación que implican estrategias de autoexplotación. En esa dirección proponemos que, si se quiere dar peso político a la noción de multitud, debemos pensarla como una categoría de clase —apegada a las formas concretas de explotación y desposesión material— que debe articularse en un proyecto político —que atienda a los antagonismos materiales y a los fenómenos de despotenciación que la democracia representativa pone en marcha— incidiendo en que entre ambas dimensiones no hay una correlación automática o natural.

En este mismo sentido, (4) la radical inclusividad del concepto de multitud —que dificulta la tarea de establecer una separación tangible entre explotados y explotadores— y la ausencia de un examen de las formas concretas de desposesión introducidas por el neoliberalismo, puede anular el antagonismo que empuja todo análisis de clase. Así Atilio Boron, en una obra dedicada a la crítica de *Imperio*, sentencia que la definición de multitud tal y como la presentan nuestros autores «pondría seriamente en aprietos la tesis que plantea el carácter alienante del trabajo y de la vida cotidiana en las sociedades capitalistas» ([2002] 2004: 110). Continuando esta reflexión, si la multitud es el sujeto de la producción contemporánea y ésta no remite ni al tiempo de trabajo ni a la actividad remunerada sino que aparece permanentemente en cualquier interacción social, cabe preguntarse dónde está la frontera entre la multitud y el imperio, quién o qué parasita la producción de la multitud, a través de qué mecanismos y con qué objetivo.

En nuestra opinión el postoperaismo acierta al señalar que el neoliberalismo y los nuevos modos de producción y valorización introducen dinámicas sociales que rompen

los esquemas tradicionales. Pero al identificar la multitud como una fuerza ontológica, se hace imposible establecer cortes sociales que permitan distinguir entre trabajo y apropiación, producción y parasitismo. Esta geometría fija de la explotación que presenta el concepto de multitud no es suficiente para comprender la complejidad de la segmentación social y la multitud de factores —materiales y subjetivos— implicados tanto en la explotación como en la posibilidad de construir contrapoderes sobre la base de ese antagonismo social.

A estas dificultades hay que sumar otro problema fundamental del planteamiento de Negri y Hardt que ha sido señalado también por Daniel Bensaïd y aparece directamente relacionado con las consideraciones previas, (5) el problema estratégico.

Según estos autores, como hemos visto, el presente está marcado por la aparición de un tipo de subjetividad precaria, desajustada y fragmentada cuya tendencia a la cooperación habría sido, a la vez, potenciada y explotada por el aparato productivo.

El problema de esta propuesta es que parece caer en una pendiente en la que la ontología nos lleva a una concepción de la historia y del propio ser humano excesivamente optimista (Straehle, 2013). Las fuerzas de la multitud deben ser liberadas a través de un proyecto político del que poco más se nos dice. Así más allá de la tendencia cuasi natural hacia la liberación de las fuerzas sociales convocadas por el imperio, nada nos dicen de cómo se articula el proyecto —económico, político y social— de la multitud. De este modo, el problema de la transición, que según Bensaïd está ausente en toda la obra de Antonio Negri (Bensaïd, 2006: 17-40), finalmente se exorciza al ser identificado con la representación y las instituciones estatales. Lo que queda cuando caen tales mediaciones es un «comunismo espontáneo» —definido como preámbulo (Negri, 2006: 200) o praxis constitutiva (Negri, 2001: 141)— que remite de nuevo a cierto naturalismo de la multitud y que no tiene un correlato real en procesos políticos constituyentes. Así, en nuestra opinión, esta «revolución sin revolución» (Bensaïd, 2006: 38) a la que se ven abocados nuestros autores en su defensa de la subsunción biopolítica no sólo deja sin responder el problema de la representación (Laclau, 2001: 6) sino la cuestión central de la estrategia.

En este sentido entendemos que el reto que plantea una realidad tan compleja como la presente exige, como poco, asumir la *ambivalencia* con la que Paolo Virno caracteriza a la multitud. En un tono de confrontación con aquella idea de que la multitud tiende naturalmente hacia el amor y sería el poder quien la corrompería (Hardt y Negri, 2012: 199-208), Virno haciéndose cargo de la caracterización heideggeriana del ser humano como «arrojado» incide en su apertura política:

La multitud no es el enésimo «sujeto revolucionario» que haya que aclamar como hacen los grupos de hinchas futbolísticas desde las gradas de un estadio. Sólo un Cándido postmoderno puede creer que éste sea «el mejor de los mundos posibles». No, la multitud es un modo de ser abierto a desarrollos contradictorios: rebelión o servidumbre, esfera pública finalmente no estatal o base de masas de gobiernos autoritarios, abolición del trabajo sometido a un patrón o «flexibilidad» sin límites (2003a: 19).

Esta definición, alejada del optimismo —por momentos mesiánico (Castro-Gómez 2006)— de la propuesta negriniana introduce matices muy interesantes que nos pueden ayudar a analizar algunos acontecimientos contemporáneos. Así como la noción de multitud permitía describir la emergencia y estructura de algunos movimientos sociales de las últimas décadas, también parece hacer lo propio —atendiendo a esta ambivalencia— con algunas de sus «figuras temibles» (Virno, 2003a: 40) identificadas por ejemplo en el auge de movimientos reaccionarios en buena parte del mundo o en la incapacidad de algunas protestas —como las de los suburbios de París en 2005 (De-ll’Umbria, 2006)— de articular una «esfera pública».

Lo que subyace a este planteamiento es la necesidad de construir mediaciones políticas, de instituir proyectos comunes que permitan «mitigar la agresividad del animal humano, su carga (auto)destructiva» (Virno, 2011: 11). Atendiendo a esta cuestión, creemos interesante asumir la crítica de Virno a la «candidez posmoderna» de la definición de multitud de Negri y Hardt, pero entendemos que se hace necesario avanzar también en una reflexión que desanude las conexiones entre ontología, antropología, política e historia que aun constituyen el núcleo de su definición de multitud.

5. Entre Negri y Foucault: poderes y multitudes

Cuando se relaciona la filosofía de Negri y Hardt con la de Foucault —de la que aquéllos se declaran herederos en numerosas ocasiones (2002: 37-53; 2011: 71-78) y a la que el pensador italiano ha dedicado su última obra (Negri, 2017)— se suele hacer desde dos perspectivas: o bien para dar cuenta de la deuda que los primeros han contraído con el segundo o para señalar la distancia entre los planteamientos iniciales y las reinterpretaciones⁶. En estas páginas, sin embargo, nos interesa realizar otro ejercicio; se trata de ver si el marco de interpretación histórico y el estudio del neoliberalismo de Michel Foucault podría ser compatible con una reformulación de la categoría de *multitud* que atienda a su doble dimensión como clase y como proyecto político.

⁶ Una panorámica completa de las relaciones entre la propuesta de Negri y Hardt y los análisis foucaultianos —centrada en el concepto de *biopolítica*— se puede encontrar en la obra de Adán Salinas *La semántica biopolítica* (197-247).

Como ya hemos señalado anteriormente, Michel Foucault reconstruye el nacimiento del poder disciplinario y el capitalismo en *Vigilar y castigar*⁷, tratando de mostrar cómo surgieron de la imbricación de diversos mecanismos de poder y saber con el objetivo de dar respuesta a algunos problemas concretos —crecimiento y movimiento de la población, necesidad de mano de obra,...—. Este modelo de análisis histórico tiene como uno de sus objetivos críticos la distinción entre estructura y superestructura, que de algún modo aún pervive en la reflexión negriniana. Desde esta perspectiva la base económica o productiva no determina unidireccionalmente el modo en que las ideas, códigos y prácticas humanas se desenvuelven, sino que constituye un factor, entre otros. La constricción de los dispositivos de subjetividad al ámbito de la producción resulta, así, problemática y exige un análisis más profundo de sus imbricaciones con otras dimensiones de la existencia humana. Asimismo las relaciones de poder configuran un espacio más amplio que las relaciones económicas, ya que aquél «no es simplemente la expresión, en términos políticos, de la explotación económica, sino que es su instrumento, y en una amplia medida la condición que la hace posible» (Foucault, 2010a: 416).

Pensar las relaciones de clase alrededor de estas dos perspectivas filosóficas exige, en nuestra opinión, considerar la centralidad de los procesos de subjetivación en el neoliberalismo —que pivotan, como veremos, alrededor de lo económico— y también cómo en torno a ellos se pueden articular antagonismos.

6. Foucault y el neoliberalismo

Partiendo de estas consideraciones generales acerca de la analítica del poder, creemos fundamental ligar nuestra reflexión acerca de la multitud con el análisis del neoliberalismo que presenta Michel Foucault en el curso de 1979 ya que nos permite descubrir otras lógicas del poder que no son captadas por Negri y Hardt.

El filósofo de Poitiers es consciente de encontrarse en la década de 1970 ante una profunda crisis del dispositivo general de la gubernamentalidad liberal (Foucault, 2012b: 77). Ante tal circunstancia, Michel Foucault decide analizar el proyecto neoliberal desde una perspectiva «laica», buscando las novedades que introduce y abandonando una crítica inflacionaria del Estado (Foucault, 2012b: 189), identificada en cierta izquierda de su tiempo, que escondería un «funcionalismo de lo peor» (Moreno-Pesetaña, 2010: 97)⁸.

⁷También el curso de 1972-1973 *La sociedad punitiva* —que en buena medida es preparatorio de la obra de 1975— profundiza en esta cuestión, aunque desde una perspectiva que vincula más claramente las estrategias de poder y la organización económica y productiva del incipiente capitalismo. Véase: Foucault, 2013.

Así el neoliberalismo es definido como una racionalidad gubernamental diferente del liberalismo clásico y cuya fortaleza remite a la articulación de tres ámbitos ya mencionados —el de la subjetividad, el poder y el saber—. Estos tres ejes se modulan en la gobernanza neoliberal bajo una racionalidad «crítica», heredera del arte ilustrado de no ser gobernado de cualquier manera o a cualquier precio (Foucault, [2003] 2011: 8). La novedad que introduce el neoliberalismo consiste en situar al mercado como garantía crítica del ejercicio de gobierno, como instancia de libertad y autonomía. Éste no aparece ya como lugar de jurisdicción sobre el que ejercer controles y regulaciones, sino como espacio de veridicción (Foucault, 2012b: 42) a través del cual el Estado se sitúa bajo vigilancia del mercado (Foucault, 2012b: 129).

A pesar de esta inversión de la tradicional relación entre Estado y mercado, el neoliberalismo, lejos de aparecer como la retracción del gobierno o el Estado, es una política indefinidamente activa que renuncia al naturalismo mercantil del liberalismo clásico y asume que «es preciso gobernar para el mercado» (Foucault, 2012b: 133). Esta intuición de que «la competencia, alma del mercado, no es nada natural» (López, 2016: 236), fundamenta el gobierno indirecto de lo social y convierte al neoliberalismo —especialmente en su versión ordo— en un modelo abiertamente constructivista. El Estado debe evitar toda intervención económica directa pero debe asimismo instituir un marco —administrativo, jurídico, económico, político— que permita que la competencia se convierta en modulador de toda actividad humana.

La extensión social de la competencia requiere condiciones de desigualdad por lo que su principal instrumento será no la socialización o la redistribución, sino la privatización de los recursos y los servicios. A través de este movimiento se pone en marcha una «política social individual» (Foucault, 2012b: 154) encaminada a instaurar una «economía social de mercado» (Foucault, 2012b: 155).

Como se ha señalado en diversas ocasiones, a este proyecto subyace una concepción individualista e incluso spenceriana del ser humano (Dardot y Laval, 2013: 44-49) que favorece una reinterpretación en términos económicos de lo social; así el *homo oeconomicus* neoliberal se convierte en interfaz de contacto entre el individuo y el poder. Esta política social de mercado «debe entonces anular, no los efectos antisociales de la competencia, sino los mecanismos anticompetitivos que pueda suscitar la sociedad» (Foucault, 2012b: 164). Así no es de extrañar que el proyecto neoliberal haya sido caracterizado como un programa de deterioro de los lazos colectivos (Bourdieu, 1999:

⁸ Estas referencias críticas a la izquierda asociadas a su supuesta «fobia al Estado» remiten a algunos acontecimientos contemporáneos como el conflicto surgido alrededor de la extradición de Klaus Croissant y muestran el alejamiento de Foucault respecto de algunas de sus tesis centrales en la primera mitad de la década de 1970. Véase: Senellart, 2008.

138) cuyo objetivo final es la destrucción de la sociedad (Lazzarato, 2013a: 61); profecía autocumplida del thatcherismo.

Esta política social privatizada tiene uno de sus ejes fundamentales en la transformación radical del mundo del trabajo que ahora es reintroducido en el campo del análisis económico de la conducta. Así la teoría del *capital humano* de Gary Becker hace posible «reinterpretar en términos económicos y nada más que económicos todo un dominio que, hasta ahora, podía considerarse y de hecho se consideraba como no económico» (Foucault, 2012b: 220). Este dominio que antes caía fuera del análisis económico no es otro que el trabajo, lo que implica una transformación que no se restringe a las relaciones salariales o contractuales, sino que pretende una revolución antropológica, ética y política concentrada en una nueva economía del capital. En este nuevo marco en que el trabajo va a ser considerado crecientemente desde la perspectiva de la competencia, emerge una nueva forma de subjetividad que, aunque gira alrededor del *homo oeconomicus*, no responde a la figura del intercambio, sino a la del productor. El sujeto se convierte así en un «empresario de sí mismo» (Foucault, 2012b: 228).

Como vemos, el proyecto neoliberal se define por la extensión de la competencia no sólo al ámbito de lo «social» sino a la vida misma de todos los agentes procurando que, a través de la autorresponsabilización, se conviertan en *sujetos morales* (Castro-Gómez, 2010: 207). Esta implicación de las dimensiones éticas y sociales de la existencia humana en el juego de la competencia hace que el neoliberalismo haya sido definido como una «etopolítica» (Rose, 2001: 18). Desde la perspectiva foucaultiana, el objetivo de esta transformación no es otro que «desplazar el centro de gravedad de la acción gubernamental hacia abajo» (Foucault, 2012b: 160), instituyendo como mecanismo fundamental de gobierno la interiorización de la dinámica competitiva a través de un «trabajo de sí» que es también una «tortura de sí» (Lazzarato, 2013b: 48).

Este modelo del capital humano permite analizar fenómenos aparentemente tan dispares como los movimientos migratorios, la delincuencia o las relaciones familiares bajo el prisma no ya de la obediencia y el sometimiento —que centraba el análisis disciplinario— sino del cálculo de riesgos. Donde antes se percibía un control de las conductas a través de los cuerpos, ahora son la libertad y la responsabilidad personal las que guían las acciones de unos individuos considerados capaces, autónomos y creativos. Así «la libertad no es la contraparte del gobierno liberal, sino su sesgo necesario; no es un recurso natural, sino un producto creado artificialmente y un instrumento de prácticas gubernamentales» (Lemke, 2010: 253). La libertad, configurada de este modo como una determinada relación entre gobernantes y gobernados y dirigida en el

neoliberalismo hacia el intercambio y la competencia (Ortiz, 2010: 223), aparece como la otra cara de lo que en el curso de 1978 Foucault denominó «dispositivos de seguridad» (Foucault, 2008: 27). Estos, en contraste con la normalización milimétrica de los cuerpos y las conductas del poder disciplinario, se definen por un ajuste al problema de la serie y una acción indirecta —a distancia— que se vuelca sobre la construcción de un ambiente antes que el modelaje de las conductas individuales (Castro-Gómez, 2010: 73-74).

Así el arte de gobernar diseñado por los ordoliberales en los años treinta trata de construir «una sociedad ajustada no a la mercancía y su uniformidad, sino a la multiplicidad y la diferenciación de las empresas» (Foucault, 2012b: 161). La sociedad-empresa se basa en la libertad y la desigualdad —motores de la competencia— y no en el control y la equidad. Este esquema sitúa a Foucault a la vanguardia de los estudios acerca del neoliberalismo ya que señala —en 1979!— buena parte de las dinámicas sociales que hemos podido descubrir en las décadas posteriores y que pueden resultar interesantes para pensar la pervivencia de relaciones de clase bajo el relato del fin de las contradicciones.

7. Límites del análisis foucaultiano

Para comprender las dificultades del curso de 1979 es necesario atender al contexto político de la época y a la implicación de Michel Foucault en las transformaciones intelectuales de la generación post-68⁹. Este movimiento generacional se define por un alejamiento del marxismo que llevará a nuestro autor en 1977 a asegurar que «es preciso condenar todo lo que esa tradición socialista ha producido en la historia» (Foucault, 2012d: 64). Esta crítica radical implica decisiones teóricas y políticas importantes. Respecto a las primeras, en nuestra opinión, la que marca el devenir de la filosofía foucaultiana es la de priorizar el problema del poder sobre el de la explotación. En una conferencia pronunciada en Tokio en 1978 definirá el poder como el problema central del siglo XX, en contraste con el siglo XIX que se preocupó de la cuestión de la miseria y la desigualdad (Foucault, 2010b: 784-785). Esta prioridad de la cuestión del poder sobre la de la desigualdad en nuestra opinión constituye uno de los centros sobre los que pivotará todo el análisis del curso de 1979. En el plano político, la desestalinización, la acogida de los «disidentes» del bloque soviético y la creciente crítica al socialismo real —identificado con el «totalitarismo»— jugaron un papel fundamental en el alejamiento del marxismo de numerosos intelectuales franceses que años antes

⁹ Un reflejo sintomático de esa despolitización de ciertos sectores intelectuales puede encontrarse en el intento de André Glucksmann de presentar a Nicolas Sarkozy como heredero de mayo del 68. Véase Glucksmann y Glucksmann (2008).

habían participado activamente en las revueltas de 1968, Michel Foucault no será una excepción (Scott, 2015: 34).

En este contexto de derrota de los referentes históricos de los proyectos de resistencia (Foucault, 2012d:63-64) y ante la impotencia de la izquierda para ofrecer soluciones al colapso del *welfare*, el estudio del neoliberalismo puede ser entendido como una «experiencia de destierro» (Lagasnerie, 2015: 23). Aún aceptando una parte de esa argumentación, en nuestra opinión el interés político de Foucault por el neoliberalismo va más allá de la mera experimentación y apunta directamente a algunos elementos relevantes del propio curso de 1979 que conectan con la realidad política de su tiempo y con el resto de su obra (Villacañas, 2016). En este sentido, parece un error desligar las lecciones del filósofo francés acerca del nuevo liberalismo de su crítica al socialismo así como olvidar su permanente compromiso político.

A pesar de los matices que pretendamos introducir, esta condena total de la tradición marxista que tiende a colocar en el centro de análisis del socialismo la cuestión del gulag (Foucault, [1981] 2015: 109-113) hace que el acercamiento al neoliberalismo de nuestro autor se sitúe en un terreno discursivo problemático.

En primer lugar nuestro autor toma como punto de partida una concepción del sujeto como agente sin características sociales (Moreno-Pestaña, 2009: 157). Desde esta perspectiva se hace muy difícil el análisis de las consecuencias negativas de la desigualdad, de los nuevos fenómenos de explotación relacionados con la transformación del trabajo y de los enormes movimientos de redistribución regresiva de la renta que el neoliberalismo pone en marcha. Al centrarse en los efectos a nivel de la subjetivación, las consecuencias sociales de la promoción de la competencia quedan completamente ensombrecidas.

Cohherentemente con esta perspectiva, en estos años desaparece de los escritos de Michel Foucault toda referencia a las clases sociales, en un movimiento en el que «las temáticas de la identidad vienen a reemplazar a la problemática de la explotación» (Zamora, 2015: 88). Así se explica que los procesos de subjetivación a través de la figura del «empresario de sí» ocupen un lugar central en *Nacimiento de la biopolítica* pero no sus consecuencias. En nuestra opinión se podría aducir en defensa de Michel Foucault que, por razones evidentes, no pudo dar cuenta del «neoliberalismo realmente existente», pero entendemos que no se trata sólo de una cuestión temporal, sino de perspectiva. En este sentido creemos que el curso de 1979 debe ser complementado con una mirada que atienda, no sólo a la configuración de la tecnología neoliberal como un gobierno de la subjetividad, sino también a los efectos a nivel social de su

implantación¹⁰. Aquí la noción de multitud puede jugar un papel interesante porque justamente trata de analizar las nuevas formas de explotación y de construcción de subjetividad social. Las resistencias, en esto hay que dar la razón a Foucault y al 68, no se encuentran únicamente en el campo de lo económico sino que responden a múltiples focos de poder a través de diferentes prácticas, pero esto no puede hacernos obviar la centralidad de tales procesos en el marco de la tecnología de poder neoliberal.

Las lecturas críticas del curso de 1979, que han proliferado en los últimos años, señalan otro espacio problemático en la reflexión foucaultiana: su crítica al *welfare*. Foucault es consciente de las limitaciones del Estado de bienestar y toma parte en el debate de su tiempo incidiendo en sus efectos normalizadores y autoritarios (Foucault, 2010c: 644). Ante la insostenibilidad —tanto económica como política— del *welfare*, el programa neoliberal parece presentar una alternativa basada en la redefinición de las técnicas de poder y la renuncia a estrategias disciplinarias y de normalización social. Este abandono del psicologismo que subyace a la teoría del capital humano constituye un foco de fascinación innegable para Michel Foucault, que aunque no suscriba la creencia en la armonía de intereses y en el dispositivo corrector del mercado, «no deja de experimentar cierta atracción por lo que implica el liberalismo como resguardo de la capacidad que cada cual posee de tomar iniciativas y emprender en el sentido más amplio» (García de la Huerta, 2010: 184). El inconveniente de esta perspectiva es que, aunque ya Foucault intuye la problemática relación de neoliberalismo y libertad, no nos permite captar cómo la introducción de la lógica de la competencia y el mercado en todos los ámbitos de la existencia produce una profunda normalización y control. Sobre esto ha incidido José Luis Moreno Pestaña al señalar que el neoliberalismo disciplina e impone una conducta «penalizando como abandono de sí mismo todo afecto no estratégico» (2009: 158-159). De este modo la extensión de la lógica empresarial, y de la nueva ética del trabajo producen no sólo efectos antisociales, sino profundos desajustes en todos los niveles de la subjetividad. Si a esto unimos la situación de inseguridad creada por el desmantelamiento de las instituciones del *welfare*, se hace difícil no ver tras el programa neoliberal una lógica de «privatización de las contradicciones» (Castro, 2010: 78) que implica simultáneamente un proceso de desposesión —económica— y la despotenciación —política—.

De este modo la promesa de libertad y autonomía del neoliberalismo tiene su cara oculta en «la violencia estructural del paro, la precariedad y el miedo que inspira la

¹⁰ También se podrían señalar sus consecuencias psicológicas, como a la extensión de la «depresión», patología asociada a la responsabilidad de un sujeto que no puede cumplir con sus exigencias (Aleman, 2017: 34).

amenaza del despido» (Bourdieu, 1999: 141). Pero más allá de concebir estas circunstancias como consecuencias no deseadas, nuestra tesis es que el régimen de gobierno neoliberal y el nuevo ciclo de acumulación que pone en marcha en los años ochenta implican inexorablemente la radicalización de las desigualdades sociales y, por tanto, una reordenación de las relaciones de clase.

Desde esta perspectiva la gubernamentalidad neoliberal no parece caracterizarse como una respuesta crítica a los «excesos de poder», sino como una tecnología de poder que «opera una centralización y una multiplicación de las técnicas autoritarias de gobierno que rivalizan con las políticas de los Estados totalitarios y “planificadores”» (Lazzarato, 2013a: 53)¹¹. Desde este modo podríamos concluir que el neoliberalismo «precisa en su funcionamiento de la efectiva desigualdad de sus individuos y de la falta de libertad de la mayoría de ellos» (Martínez, 2016: 171).

Aun asumiendo que las estrategias neoliberales de gobierno de las poblaciones y de subjetivación no respondan a los dispositivos disciplinarios que Foucault había descrito en *Vigilar y castigar*, debemos tratar de dar cuenta de la persistencia y la profundidad de las nuevas formas de normalización y sujeción asociadas a la redefinición del trabajo, la destrucción de las solidaridades sociales, la quiebra del *welfare* y la extensión de la lógica de la competencia como grilla de inteligibilidad de la acción humana. Para poder hacerlo, en nuestra opinión, debemos atender no sólo a las configuraciones del poder que surgen en la relación gobernantes-gobernados, sino a las que emanan del ámbito económico, ya que en ellas también se dirime la cuestión de la libertad.

El análisis en términos de relaciones de poder aporta elementos muy interesantes al pensamiento crítico y, en este sentido, no estaría justificado que las carencias de *Nacimiento de la biopolítica* nos condujeran a renunciar a él. Por el contrario, entendemos que los reproches de Foucault al socialismo, la sospecha ante los procesos de normalización asociados al *welfare* y al «exceso de poder» o la reivindicación de las facetas productivas del poder constituyen elementos irrenunciables para el pensamiento crítico contemporáneo. En este sentido entendemos que el problema de Foucault y el curso de 1979 es que deja de lado la relación tan fructífera que en obras como *Vigilar y castigar* se establece entre lo político y lo económico. Por ello podemos decir que tanto el análisis de los micropoderes, como el de la gubernamentalidad quedan irremediablemente ciegos si no se articulan con una teoría de la explotación y con una teoría del modo de producción capitalista (Legrand, 2006:22). Si, como señala de Lagasnerie, Foucault llegó a ver en el *homo oeconomicus* una figura de la «ingobernabilidad humana» (2015: 101) en lugar de una forma renovada de opresión, debemos

¹¹ Traducción propia del autor.

desandar parte del camino recorrido por Foucault y reintegrar en su análisis una perspectiva crítica sensible a las relaciones de explotación y dominación económica.

8. Conclusión: neoliberalismo y antagonismo de clase

El objetivo de nuestra argumentación hasta aquí no ha sido otro que mostrar las aristas de dos planteamientos que, en nuestra opinión, permiten un acercamiento distinto pero en algunos puntos coincidente a las formas de poder contemporáneas. Sabiendo que hemos dejado de lado detalles y matices interesantes, hemos tratado de reconstruir las lógicas que impulsan ambas perspectivas de modo que se puedan articular algunos de sus elementos. El desafío para nosotros consiste en pensar una noción de clase definida por los rasgos políticos de la multitud —abierta, plural, democrática— pero que atienda a las formas de subjetividad contemporáneas —asociadas con la empresarialidad y la competencia— y a los procesos económicos que están en su base —que podemos caracterizar bajo el rótulo de «acumulación por desposesión»¹²—.

Desde esta perspectiva no se trata, como plantean Negri y Hardt, de priorizar ontológicamente la lucha en el terreno de la producción, sino de dar respuesta a las transformaciones antropológicas y sociales que el neoliberalismo ha puesto en marcha y que se fundamentan en una revolución económica —en sentido amplio del término—. Así no es nuestra intención presentar la multitud como el sujeto totalizador de la realidad social, sino más bien como una herramienta de análisis de las relaciones de poder y las formas de subjetividad que aparecen en un marco definido por el fomento de la desigualdad y la competencia.

Partiendo de este análisis, entendemos que el proyecto político de nuestro tiempo debe volver a situar la cuestión económica en el centro del tablero de juego, aunque en constante comunicación con otras dimensiones sociales, culturales y políticas sobre las que pivotan diferentes dispositivos de dominación.

Si, como suele señalarse, mayo del 68 representa el fin de la disciplina fabril y la apertura de lo político a un campo de experiencias ilimitado, el neoliberalismo puede caracterizarse como su *détournement*¹³, su inversión. Haciéndonos cargo de la crítica foucaultiana a los tópicos políticos y al mencionado «funcionalismo de lo peor», debe-

¹² Esta idea, desarrollada por David Harvey propone que el ciclo económico neoliberal estaría marcado por una nueva forma de «acumulación primitiva» que implica «la mercantilización y privatización de la tierra y la expulsión forzosa de poblaciones campesinas; la conversión de formas diversas de derechos de propiedad (comunal, colectiva, estatales, etc.) en derechos exclusivos de propiedad privada; la supresión de los derechos sobre los bienes; la mercantilización de la fuerza de trabajo y la eliminación de los modos de producción y de consumo alternativos (autóctonos); procesos coloniales, neocoloniales e imperiales de apropiación de activos (recursos naturales entre ellos); y por último, la usura, el endeudamiento de la nación y, lo más devastador, el uso del sistema de crédito como medio drástico de acumulación por desposesión» (Harvey, 2004: 116).

mos descartar que el gobierno neoliberal sea un gobierno total y se instale de un modo uniforme sobre todas las relaciones sociales. Pero esta mirada escéptica hacia las totalizaciones no puede impedir captar la profundidad y extensión de las transformaciones.

Es en este sentido en el que definimos la tecnología de gobierno neoliberal como el reverso del 68, que se hace cargo de buena parte de las reivindicaciones de autonomía, libertad y expresividad de aquel movimiento pero transformando su crítica en «un programa de destrucción metódica de los colectivos» (Bourdieu 1999: 138). Este *détournement* neoliberal convierte el «todo lo personal es político» en «todo lo político es personal» (Pardo, 2000: 45), privatizando aquello que antes caía del lado de la experiencia colectiva y anulando, a través de procesos de despotenciación, la capacidad política de los sujetos. Esta perspectiva que vincula poder-economía-subjetividad constituye uno de los elementos fundamentales de la reconstrucción Negri-Foucault que creemos puede resultarnos útil a la hora de pensar el presente.

Lo que caracteriza la era neoliberal, en nuestra opinión, es que sitúa en el centro de la acción política la cuestión económica, pero no solamente para transformar los ciclos de acumulación del capital, sino como un mecanismo de poder que actúa a través de procesos de subjetivación. De este modo, la privatización de los servicios públicos, la precarización de las condiciones laborales o la política de la deuda se entienden en toda su profundidad a la luz de la famosa máxima de Margaret Thatcher, «la economía es el método, el objetivo es cambiar el corazón y el alma»¹⁴. Así como las estrategias de poder neoliberales, pese a ser múltiples, colocan en el centro a la economía, entendemos que las formas de resistencia también deben incidir en ese antagonismo material y articular sobre él identidades colectivas.

De esta manera, la noción de clase nos puede permite articular un proyecto crítico al neoliberalismo siempre que sea capaz de reconocer las transformaciones sociales de las últimas décadas y no permanezca anclada a esquemas que ya no resultan funcionales. La idea de una multitud que no se deja reducir a las estructuras jerárquicas — típicas del obrerismo— y se organiza de forma reticular alrededor de las nuevas redes informacionales resulta útil para pensar cómo se comienza a organizar al menos una parte de esas clases desposeídas y despotenciadas.

¹³ Por *détournement* se conoce una práctica artístico-política puesta en marcha por el movimiento situacionista consistente en intervenir sobre determinadas obras de la cultura popular con el objetivo de introducir elementos de disonancia y ruptura, tergiversando, invirtiendo o distorsionando su mensaje original. Véase Debord y Wolman, 1956.

¹⁴ Entrevista a Margaret Thatcher en *Sunday Times*, 3 de mayo de 1981. ([enlace](#)).

Si la crítica de Negri y Hardt nos impele a problematizar la «autonomía de lo político», Foucault nos empuja a hacer lo propio con la idea de una «determinación de lo económico». Creemos interesante superponer ambas críticas para poder percibir cómo relaciones de poder y explotación están imbricadas y ninguna de ellas determina el conjunto de un modo definitivo y unidireccional. Maurizio Lazzarato, en sus reflexiones acerca de la deuda, es probablemente quien mejor ha captado esta interrelación entre economía y gobierno, aunque consideramos que su perspectiva de análisis es limitada ya que no compartimos la idea de que la deuda —que es un dispositivo fundamental— configure el vector único de estas estrategias de sujeción y subjetivación neoliberales.

Esta imbricación de relaciones de poder y explotación exige que la definición de clase deba responder a geometrías variables de desposesión y no únicamente al lugar que se ocupa en la cadena de producción —si es que existe algo parecido a eso— o a la renta. Lo que pretendemos introducir frente a ambos planteamientos es la necesidad de articular políticamente las demandas económicas con otras demandas sociales, pero atendiendo a que los procesos de desposesión material están en el núcleo del neoliberalismo —relacionados con la precarización y la competencia, pero también con la deuda y la privatización de los recursos naturales—. Esta centralidad de la economía es, en todo caso, contingente y responde únicamente a la configuración actual de las fuerzas sociales. El momento político, sobre el cual se construye el antagonismo de clase es imprescindible y requiere de una articulación que es todo menos natural o espontánea.

Frente a quienes radicalizando —de un modo polémico— un cierto camino foucaultiano postulan que la lucha política aparece en el nivel del relato y que «el nombre es el fundamento de la cosa» (Laclau, 2005: 131), afirmamos que, en el contexto neoliberal, las condiciones materiales si bien no determinan automáticamente, sí organizan de un modo fundamental las relaciones sociales y, por tanto, la posibilidad del antagonismo. Frente a quienes sitúan en el centro de lo político las diferencias sociales esperando que el agravamiento de sus contradicciones internas genere espontáneamente resistencias, defendemos que sin mediaciones políticas y discursivas esas contradicciones pueden no sólo quedar anuladas, sino alentar fuerzas regresivas —de las que nuestro presente puede dar buena cuenta—. Por todo ello no tratamos de plantear una ontología de la resistencia o una filosofía de la historia, sino que partimos de la asunción de que en este momento preciso de la historia el gobierno es fundamentalmente un gobierno económico de lo social.

En este sentido, cuando hablamos de «desontologizar la multitud» nos referimos al movimiento crítico por el cual se borran del concepto todas las determinaciones necesarias u otológicas, que implican una pendiente deslizante en la que se ven involucradas consideraciones antropológicas, históricas, políticas y éticas. Nuestra pregunta no es si el capitalismo contemporáneo pone a trabajar algo así como la esencia del animal humano (Virno 2005: 103), sino cómo lo hace, para qué lo hace y qué consecuencias tiene el modo concreto en que lo hace. Hay un cierto espesor metafísico en el análisis negriniano que, aunque en otras circunstancias pueda resultar interesante, creemos que no ofrece respuestas a los interrogantes políticos que aquí planteamos. Por el contrario, con Foucault, podemos proyectar una perspectiva más parcial, concreta, pero en cuyo seno las formas de explotación de las «multitudes» puedan mostrar su imbricación con estrategias extensas de dominación y control político de las poblaciones y los individuos.

De igual modo así como no creemos poder justificar la realidad de procesos de «subsunción real» como los que describen Negri y Hardt, sí entendemos que sus análisis permiten avanzar en algunos puntos fundamentales, especialmente en lo que respecta a las nuevas formas de producción y comunicación y a la potencia de las prácticas que abrigan. La contrapartida de esta asunción es que esas prácticas remitan a condiciones concretas, no a una supuesta condición general compartida por toda la humanidad. Las formas políticas de esa multitud postfordista coinciden en el tiempo con formas del obrerismo tradicional —especialmente en aquellos lugares que están actualmente siendo industrializados—, por ello entendemos que hay que resignificar el concepto para que pueda atender tanto a las reivindicaciones del precariado occidental como a las del proletariado de la periferia, ya que ambas realidades responden a diferentes capas de acción e intensidades de la misma dinámica de desposesión global: el neoliberalismo. Si bien no creemos que se deba describir en términos de totalidad, el programa neoliberal funciona como una especie de «utopía de una explotación ilimitada» (Bourdieu, 1999: 136) que actúa en diferentes escalas e intensidades imponiendo determinados modelos de subjetividad.

Así la multitud que reivindicamos no es el sujeto omniabarcante de Negri y Hardt, sino una figura que responda a esta configuración de clases concreta, parcial e históricamente determinada ante la cual las antiguas definiciones se muestran impotentes. De esta manera aceptamos con los postoperaístas que la posesión de los medios de producción no es el único rasgo definitorio de la relación de clase; por el contrario creemos que ésta remite a otras dimensiones del capital como las analizadas por Pierre Bourdieu (capital económico, humano, social, cultural, simbólico,...). En este sentido hemos empleado el concepto de desposesión, con el objetivo de incidir a la vez en

los efectos económicos, políticos, sociales y culturales del neoliberalismo que pueden acercarnos a esa problematización de la clase como multitud.

Evidentemente los cortes ya no son tan precisos —si es que en algún momento lo fueron— como siglos atrás, pero la caída de la clase media tras la crisis del fordismo y la polarización económica que implica el neoliberalismo tienden a hacer cada vez más evidentes estas diferencias de clase. De ahí la necesidad de reinterpretar la noción de multitud introduciendo una geometría de la desposesión variable que responda a la vez a la concreción de las formas de explotación y sometimiento y a su posible articulación en un proyecto común. Para ser útil, esa articulación —que consideramos responde al momento político de la multitud y, por lo tanto, está abierta a la ambivalencia— no puede bajo ningún concepto priorizar la perspectiva de unos grupos de explotados sobre otros —como hacen Negri y Hardt con la producción inmaterial—, sino que debe encarnar de algún modo los anhelos de justicia y libertad de capas mayoritarias de la población cuyas condiciones de vida se están viendo afectadas por las políticas neoliberales. Un antagonismo social tan extenso como el que produce el neoliberalismo debe tener como correlato una forma de resistencia igual de extensa y en este sentido creemos que la noción de multitud —y su radical apertura— rompe con las constricciones del obrerismo tradicional y responde mejor al reto del presente.

Sin embargo, como ya hemos apuntado anteriormente, la subsunción real del trabajo en el capital, unida a la idea de una producción biopolítica compone una definición de clase abierta, inclusiva y plural pero que difícilmente permite discernir antagonismo alguno. Así el imperio, entendido como un aparato de captura, funciona parasitando la producción de la multitud, pero una descripción así deja en el aire la pregunta fundamental: ¿quiénes conforman la clase imperial?

En nuestra opinión no se puede entender una formulación de la realidad social en términos de clase si se sustrae todo antagonismo en nombre de un retorno —en cierto sentido mesiánico (Castro-Gómez 2006)— a la idea de una humanidad unida. Resulta ilustrativo cómo incluso los movimientos que mejor se pueden caracterizar bajo este semblante de la multitud negriniana, como *Occupy Wall Street*, pese a su clara voluntad de constituir mayorías sociales analizan la realidad social en términos de antagonismo al autodefinirse como «el 99%». Una afirmación de este tipo está animada por una voluntad de apertura, pluralidad e inclusión evidente, pero también abre el espacio del antagonismo al entender que los procesos de desposesión consolidan el poder de un determinado grupo social en detrimento de otros. En este sentido, aunque alejándonos de toda teoría de la conspiración y asumiendo que el poder funciona como una «estrategia sin estrategia» (Foucault, 1994: 299), creemos que es interesante re-

conocer con David Harvey los fenómenos de redistribución regresiva que el neoliberalismo pone en marcha y el modo en que estos benefician a una élite económica global (Harvey, 2007: 20). Por todo ello, entendemos que un concepto de clase útil para el presente debe registrar alguna forma de antagonismo, ya que a las transformaciones económicas y políticas de nuestro tiempo producen un creciente conflicto de intereses.

Aquí los teóricos de la «escuela de Essex» pueden ofrecer herramientas interesantes para comprender cómo se constituyen los antagonismos, aunque, como ya hemos señalado, entendemos que se equivocan al reducirlos al ámbito del discurso y los significados. Creemos que esa perspectiva puede ser útil en contextos poco polarizados en lo material en los que son los discursos, y no la desposesión, quienes construyen antagonismo. El neoliberalismo, sin embargo, pone en marcha un juego de subjetividades alrededor del deseo y la libertad tan potente que no parece poder transformarse únicamente a través del combate por los significados, sino que exige el cuestionamiento y la transformación de las condiciones materiales de vida de las poblaciones. Si, como hemos defendido, el botín del capitalismo contemporáneo es el alma y la economía es el método, la subversión de las condiciones que ésta impone es requisito indispensable para la transformación social. Partiendo de esta premisa puede resultar interesante pensar el momento hegemónico o incluso populista como un elemento fundamental una vez que se ha resituado en un marco que atiende, en nuestra situación actual, al creciente antagonismo social. En ese juego entre autonomía, determinación y condicionamiento, podemos rubricar las palabras de Pierre Bourdieu:

La clase no está nunca dada en las cosas; ella es también representación y voluntad, pero que no tiene posibilidad de encarnarse en las cosas más que si aproxima lo que está objetivamente próximo y aleja lo que está objetivamente alejado ([1988] 2000: 82).

En estas páginas hemos tratado de señalar un posible camino para pensar la lucha de clases en el contexto neoliberal atendiendo a dos acercamientos diferentes —pero en algunos sentidos articulables— a la realidad contemporánea. En nuestra opinión los dos espacios de reflexión que nos han acompañado y sus mutuas correcciones nos permiten problematizar la cuestión de la clase en su inserción en la compleja trama de relaciones de poder y desposesión material sobre las que el neoliberalismo se sustenta. Delimitar ese espacio ha constituido nuestro objetivo primordial. A la luz de tales desarrollos, creemos que una noción de clase para ser operativa en el presente debe poder articular políticamente ese creciente antagonismo social —que define al neoliberalismo—, atendiendo a la radical ambivalencia de las formas de subjetividad contemporáneas y por tanto a la necesidad de establecer mediaciones políticas.

9. Bibliografía

- Bensaïd, D. 2005. "Multitudes ventrílocuas", *Viento Sur*, 79: 59-72.
- Bensaïd, D. 2006. *Clases, plebes, multitudes*. Santiago de Chile: Palinodia.
- Bidet, J. 2006. "Foucault et le libéralisme. Rationalité, révolution, résistance", *Actuel Marx*, 2(40): 169-185.
- Bologna, S. 2006. *Crisis de la clase media y posfordismo*. Madrid: Akal.
- Boron, A. [2002] 2004. *Imperio & Imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri*. Buenos Aires: CLACSO.
- Bourdieu, P. [1988] 2000. *Cosas dichas*. Barcelona: Gedisa.
- Bourdieu, P. 1999. *Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal*. Barcelona: Anagrama.
- Castells, M. 2012. *Redes de indignación y esperanza*. Madrid: Alianza.
- Castro-Gómez, S. 2006. "El dispositivo del Mesías. Trabajo vivo y redención en la filosofía política de Hardt y Negri", *Athenea Digital*, 10: 56-76.
- Castro-Gómez, S. 2010. *Historia de la gubernamentalidad. Razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Castro, R. 2008. *Foucault y el cuidado de la libertad: Ética para un rostro de arena*. Santiago de Chile: Lom.
- Castro, R. 2010. "Neoliberalismo y gobierno de la vida", pp. 63-84 en *Hacer vivir, dejar morir. Biopolítica y capitalismo*, coordinado por S. Arribas, G. Cano y J. Ugarte. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Chamorro, E. 2017 "«¡Que no me hablen más de Marx!»: Foucault, el neoliberalismo y lo intolerable", pp. 377-391 en *Michel Foucault y los sistemas de pensamiento. Una mirada histórica*, editado por E. Chamorro. Viña del Mar: Cenaltes.
- Dardot, P. y C. Laval. 2013. *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona: Gedisa.
- Dardot, P. 2013 "Le capitalisme à la lumière du néolibéralisme", *Raisons politiques*, 52: 13-23.
- Debord, G. Y G. Wolman. 1956. "Mode d'emploi du détournement", *Les Lèvres nues*, 8, mayo de 1956.
- Deleuze, G. [1995] 2006. "Post-scriptum sobre las sociedades de control", pp. 277-286 en *Conversaciones*. Valencia: Pre-textos.
- Dell'umbria, A. 2006. *¿Chusma?* Logroño: Pepitas de Calabaza.
- Foucault, M. 1979. *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.
- Foucault, M. 1994 "Le jeu de Michel Foucault", pp. 298-329 en *Dits et écrits, t. III*. París: Gallimard.

- Foucault, M. 2008. *Seguridad, territorio, población: Curso del Collège de France 1977-1978*. Madrid: Akal.
- Foucault, M. 2010a. "De la naturaleza humana: Justicia contra poder", pp. 393-432 en *Obras esenciales*, M. Foucault. Barcelona, Paidós.
- Foucault, M. 2010b. "La filosofía analítica de la política", pp. 783-798 en *Obras esenciales*, M. Foucault. Barcelona, Paidós.
- Foucault, M. 2010c. "¿Crisis de la medicina o crisis de la antimedicina?", pp. 637-652 en *Obras esenciales*, M. Foucault. Barcelona, Paidós.
- Foucault, M. [2003] 2011. *Sobre la Ilustración*. Madrid: Tecnos
- Foucault, M. 2012a. *Historia de la sexualidad 1: La voluntad de saber*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Foucault, M. 2012b. *Nacimiento de la biopolítica: Curso del Collège de France 1978-1979*. Madrid: Akal.
- Foucault, M. [1976] 2012c. *Vigilar y castigar*. Barcelona: Siglo XXI.
- Foucault, M. 2012d. "La tortura es la razón", pp. 55-66 en *El poder, una bestia magnífica*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. 2013. *La société punitive. Cours au Collège de France 1972-1973*. París: Gallimard.
- Foucault, M. [1981] 2015. "Poderes y estrategias", pp. 107-123 en *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Madrid: Alianza.
- Fraser, N. 2003. "¿De la disciplina hacia la flexibilización? Releyendo a Foucault bajo la sombra de la globalización", *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* 187: 15-33.
- García de la Huerta, M. 2010. "Foucault y el neoliberalismo: una lectura crítica", pp. 177-197 en *Michel Foucault: neoliberalismo y biopolítica*, editado por V. Lemm. Santiago: Universidad Diego Portales.
- Giorgi, A. de. 2006. *El gobierno de la excedencia. Postfordismo y control de la multitud*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Glucksmann, A. y R. Glucksmann. 2008. *Mayo del 68. Por la subversión permanente*. Madrid: Taurus.
- Hardt, M. y A. Negri. 2002. *Imperio*. Barcelona: Paidós.
- Hardt, M. y A. Negri. 2004 *Multitud: Guerra y democracia en la era del imperio*. Barcelona: Debate.
- Hardt, M. y A. Negri. 2011. *Commonwealth: El proyecto de una revolución del común*. Madrid: Akal.
- Harvey, D. 1998. *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.

- Harvey, D. 2004. *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal.
- Harvey, D. 2007. *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.
- Hayek, F. A. 1986. "Individualismo: el verdadero y el falso", *Estudios Públicos*, 22: 1-28.
- Laclau, E. 2001. "Can immanence explain social struggles?", *Diacritics*, 31(4): 3-10.
- Laclau, E. 2005. *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lagasnerie, G. de. 2015. *La última lección de Michel Foucault. Sobre el neoliberalismo, la teoría y la política*. Buenos Aires: FCE.
- Lazzarato, M. 2006a. "Por una redefinición del concepto de biopolítica", *Brumaria*, 7: 71-81.
- Lazzarato, M. 2006b. *Por una política menor. Acontecimiento y política en las sociedades de control*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Lazzarato, M. 2013a. "Naissance de la biopolitique, à la lumière de la crise", *Raisons politiques*, 52, 51-62.
- Lazzarato, M. 2013b. *La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lazzarato, M. 2015. *Gobernar a través de la deuda. Tecnologías de poder del capitalismo neoliberal*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lazzarato, m. y T. Negri. 1991. "Travail immatériel et subjectivité", *Futur Antérieur*, 6: ([enlace](#)).
- Legrand, S. 2006. "El marxismo olvidado de Foucault", pp. 21-39 *Marx y Foucault*, editado por T. Lemke et al .Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Lemke, T. 2010. "Los riesgos de la seguridad: liberalismo, biopolítica y miedo", pp. 247-274 en *Michel Foucault: neoliberalismo y biopolítica*, editado por V. Lemm. Santiago: Universidad Diego Portales.
- López, P. 2016. "Sigue cierta algarabía: Foucault el neoliberalismo y nosotros", pp. 231-254 en *La Actualidad de Michel Foucault*, editado por R. Castro y A. Salinas. Madrid: Escolar y Mayo.
- Martínez, P. 2016. "Del neoliberalismo como ideología", *Logos. Anales del Seminario de Metafísica* 49: 161-187.
- Marx, K. 1972. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política Grundrisse 1857-1858*, vol. 2. México: Siglo XXI.
- Marx, K. [1980] 2008. *Contribución a la crítica de la economía política*. Madrid: Siglo XXI.
- Marx, K. [1971] 2009. *El capital, Libro I Capítulo VI inédito. Resultados del proceso inmediato de producción*. México: Siglo XXI.

- Marx, K. y F. Engels. 1998. *Manifiesto del partido comunista*. Madrid: Utopías/Nuestra Bandera.
- Moreno-Pestaña, J. L. 2009. "Michel Foucault, crítico de la izquierda", *Viento Sur* 100: 151-159.
- Moreno-Pestaña, J. L. 2010. "Gubernamentalidad, biopolítica, neoliberalismo: Foucault en situación" pp. 85-108 en *Hacer vivir, dejar morir. Biopolítica y capitalismo*, coordinado por S. Arribas, G. Cano y J. Ugarte. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Moreno-Pestaña, J. L. 2011. *Foucault y la política*. Madrid: Tierradenadie.
- Negri, A. [1998] 2001. *Marx más allá de Marx*. Madrid: Akal.
- Negri, A. 2006. *Fábricas del sujeto/ontologías de la subversión*. Madrid: Akal.
- Negri, A. 2017. *Marx and Foucault*. Cambridge: Polity Press.
- Ortiz, N. 2010. "Antes y después: las libertades liberales y la radicalización de la crítica foucaultiana", pp. 217-243 en *Michel Foucault: neoliberalismo y biopolítica*, editado por V. Lemm. Santiago: Universidad Diego Portales.
- Pardo, J. L. 2000. "Máquinas y componendas", pp. 23-84 en *La impaciencia de la libertad: Michel Foucault y lo político*, editado por P. López y J. Muñoz. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Ramírez, J. 2014. *Utopías artísticas de revuelta*. Madrid: Cátedra.
- Rose, N. 2001. "The Politics of Life Itself", *Theory, Culture and Society* 18, (6): 1-30.
- Salinas, A. 2015. *La semántica biopolítica*. Viña del Mar: Cenaltes Ediciones.
- Sánchez, R. 2012. "El 15M como insurrección del cuerpo-máquina", *Revista Anthropos: Huellas del conocimiento* 234: 216-224.
- Scott, M. 2015. "Foucault et la "nouvelle philosophie": pourquoi Michel Foucault soutient *Les maîtres penseurs* d'André Glucksmann", pp. 13-35 en *Critiquer Foucault: les années 1980 et la tentation néolibéral*, editado por D. Zamora. Belgique: Editions Aden
- Senellart, M. 2008. "Situación de los cursos", pp. 349-378 en *Seguridad, territorio, población*, M. Foucault. Madrid: Akal.
- Standing, G. 2013. *El precariado: una nueva clase social*. Barcelona: Ediciones de Pasado y Presente.
- Straehle, E. 2013. "Las dificultades de la multitud" *Oxímora Revista Internacional De Ética Y Política* 2, primavera 2013: 39-57
- Villacañas, J. L. 2016. "Una apología cínica de la revolución neoliberal: sobre *La última lección de Michel Foucault*", *Dorsal. Revista de estudios foucaultianos* 1: 109-118.
- Virno, P. 2003. *Gramática de la multitud: Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*. Madrid: Traficantes de sueños.

Virno, P. 2005. *Cuando el verbo se hace carne*. Madrid. Traficantes de sueños.

Virno, P. 2011. *Ambivalencia de la multitud*. Buenos Aires: Tinta Limón.

Zamora, D. 2015 "Foucault, les exclus et le dépérissement néolibéral de l'état", pp. 87-113 en *Critiquer Foucault: les années 1980 et la tentation néolibérale*, editado por D. Zamora. Belgique: Editions Aden

Žižek, S. 2001. "Have Michael Hardt and Antonio Negri rewritten the Communist manifesto for the twenty-first century?", *Rethinking Marxism*, 13 (3/4): 190-198.